

Rafael Redondo Barba

El esplendor de la nada

Prólogos de Willigis Jäger y Vicente Gallego

Desclée De Brouwer

Índice

Prólogo de Willigis Jäger	13
Prólogo de Vicente Gallego	15
Introducción	21
1. Vacuidad	27
2. Des-prenderse	67
3. Sobre la unidad	109
4. Cuando "eso" llega	195
5. Obstáculos en el camino	231
Epílogo de Mercedes Sáinz	265

Prólogo

Willigis Jäger

Hasta hace bien poco, el Zen era para occidente como una semilla extraña, como una especie de planta exótica que a lo largo de los últimos decenios enraizaba en nuestro suelo hallando en él un espacio reconocido y respetado por las restantes clases de plantas.

En este cambio de escenario, es inevitable que el Zen se vaya adaptando y ampliando a nuestras formas occidentales. El hecho es que el Zen ha marcado su impronta en occidente, pero también el occidente en el Zen. Se trata de una interrelación recíproca, aunque todavía en marcha, en movimiento. Sin embargo, lo esencial del Zen –el despertar de la estrechez de los límites de la personalidad– permanece inalterado, aunque hoy ya se halla en condiciones de abandonar sus ropajes asiáticos para acercarse a nuestro modo de pensar.

El Zen, es un camino apto para las gentes de todas las clases y culturas. Es cierto que nos ha llegado desde un entorno budista oriental, pero ya se está revelando a occidente. Y aquí, no tendrá más remedio que desprenderse de sus iniciales épocas monacales, para adaptarse mejor tanto a la antropología como a los nuevos paradigmas de nuestro siglo

XXI. El hecho es que los occidentales que transitan en el camino del Zen ya no viven bajo la protección de un monasterio, sino insertos en su muy concreta vida cotidiana con su familia, con sus hijos, con sus problemas laborales, de pareja y financieros. Problemas de los cuales los monjes siempre estuvieron exentos bajo la protección de sus monasterios.

El camino del Zen, ha estado siempre –y seguirá estando– condicionado por las influencias culturales de cada época, por tanto, su desplazamiento hacia nuestra cultura moderna le habrá de exigir los importantes cambios provenientes desde la nueva psicología y la nueva psiquiatría como desde los actuales hallazgos de la neurología.

La transformación del mundo comienza en la transformación de cada individuo, y el Zen nos ayudará a dejar atrás lo que ya no nos va y nos molesta como una vieja prenda que se nos ha quedado demasiado estrecha. Pero de lo que aquí se trata no es tanto de una simple reforma en nuestra manera de ver la vida y el mundo, sino de una real transformación, si es que de verdad queremos dar nueva forma a la nueva realidad. Es nuestro deber entrar en otras dimensiones de la experiencia que nos permitan conocernos mejor.

Este nuevo libro, tan personal, de Rafael Redondo, intenta introducir el Zen en la vida y los paradigmas del siglo XXI. Podrá servir de ayuda a muchas personas tanto a la hora de transformar su vida como a la hora de contemplarla de otra nueva forma.

Prólogo

Vicente Gallego

Alguien que hubiera leído sobre el zen de manera superficial, viendo que sus maestros más destacados guardan silencio muchas veces cuando se les pregunta por la esencia de tal asunto, podría quizá pensar que escribir un prólogo zen es cosa hartó sencilla: bastará con no decir una palabra. Sin embargo, esto es olvidar que los maestros, antes de dar su callada como la mejor respuesta, hacen acto de presencia, se ofrecen y se retiran. Y esto es así porque el zen traba una unidad de sentido entre todo lo que aparece y podemos nombrar y aquello que, siendo sin nombre y sin traza, tan sólo se muestra al hombre anonadado. No hay que confundirlo, pues, como ocurre a menudo, con una forma de nihilismo o de negación absoluta, porque su insobornable poner en tela de juicio esta realidad hecha de conceptos en la que nos parece vivir es sólo la primera entre sus fases: el surgir de la Gran Duda, que nos conduce a la Gran Certeza. El zen es entera afirmación de todo bajo el aspecto de un rotundo primer ¡no! frente a todas las cosas, pues son precisamente los conceptos cerrados sobre sí que manejamos de ellas los que nos impiden verlas tal y como son, tan concretas en su apariencia como inconmensurables en su trasfondo. Las

palabras no son nuestra meta final, ni siquiera se le parecen, pero construyen el camino de llegada y, una vez llegados, todas ellas se funden en ese silencio feraz del que salieron, el silencio docto y vivo, el no-saber de Sócrates y de los místicos renanos. Rafael Redondo se ha visto obligado a escribir –el lector lo sentirá pronto– movido por una necesidad interna que está mucho más allá de cualquier intención o propósito personales. Y puesto ya a ello, ha entendido que la mejor manera es confiar a la poesía, al arte de apuntar más allá del verso, lo que, siendo música callada y no siendo tampoco eso, es aquello por lo que suena la canción intemporal de la conciencia: “Utilizo el poema como la herramienta expresiva más cercana a la no-palabra, ya que en el más hondo capilar del ser humano el Gran Poema declara nuestra verdadera identidad”, escribe en una página de este libro.

Lo que aquí se busca atestiguar y proponer es la presencia pura de la Palabra primigenia en cada uno de nosotros, puesto que, una vez hallada en nuestro interior, dentro y fuera, yo y el otro, antes y después vienen a ser lo mismo: una misma Verdad, un mismo asombro, un mismo gozo. El Verbo le ha llamado el cristianismo a esa Palabra, es decir, el “Yo soy”, el sentido de ser que nos hace conscientes de nosotros mismos en nuestra primera y última identidad no construida, desde la que construimos la persona con las ideas heredadas acerca de lo que debe ser el hombre: ese ser que nos parece prisionero del tiempo y de la corporalidad cuando todo transcurso e imagen aparecen en su conciencia, la cual no está separada de la Mente atemporal del Buda sino por un velo de falsas creencias aprendidas. Es decir, que esa

separación no es real, sino imaginada. De ese aliento tan cristiano bebe este escrito en lo que tiene de efusión amorosa al ir siempre a buscar el corazón del lector antes que apelar a su inteligencia, pues, en el maestro Rafael, la severidad de la tradición que lo ha hecho nacer donde se unen y prueban todas las tradiciones verdaderas ha sido dulcificada por el soplo evangélico, que no espera ni a que surja el mal en el dormido, que se adelanta en su intento de despertarnos antes de que comiencen las pesadillas.

Contra la anormal normalidad del “pensamiento único” se alza esta voz de avisado, porque se nos ha convencido de que vivimos en el único momento de la Historia en que el hombre ha llegado a ver, fiando en su razón y ciencia, la verdad definitiva de las cosas, siendo que lo único que hacen nuestras fatuas razones es ocultarla. El positivismo que nos aflige ha perdido de vista hasta tal punto la Realidad que ni siquiera sabemos ya que existe, pues creemos percibirla donde no pululan más que fantasmagorías. Afirmamos conocer a las personas sin caer en la cuenta de que lo único que de ellas nos resulta cognoscible son nuestras opiniones y, a partir de ahí, la pretendida realidad se convierte en una sucesión de pareceres particulares. Por su parte, Rafael Redondo trata de exponer el conocimiento verdadero: aquel que repara en lo que es idéntico a todos, el Ser como conciencia pura, porque sabe que ese hondo descubrimiento obra de inmediato el milagro de instalarnos en lo vivo Real, en cuyo seno todo queda eternamente unido y a salvo. Conocer es amar y ser en unidad. Nadie conoce lo que siente ajeno, pues esa misma distancia que interpone su mente lo

llevará a detenerse en las apariencias del prójimo sin permitirle llegarse hasta su fondo, donde habría de encontrarse consigo mismo en el que semejaba otro.

No ha caído en este libro ni una gota del veneno de la discriminación entre esto y aquello, porque no la hay en la Realidad, donde todo es Uno; y así vemos que el maestro no va contra la carne al afirmar el espíritu, sino que nos invita a atenderla en su momento de mayor esplendor: el acto de la entrega amorosa, para que lleguemos a percibir cómo en el orgasmo, al que los franceses llaman la “pequeña muerte”, se nos adelanta una succulenta prueba del efecto de esa reunión de los contrarios de la que han cantado la alabanza todos los sabios. Cuando la mente salta hecha pedazos, pues toda nuestra atención se centra en amar y ser amados y no queda allí lugar para pensarnos, cuando los dos, trascendiendo toda diferencia en el instante del perfecto acoplamiento, se hacen uno solo, sabemos bien la catarata de gozo en que se funde el universo. Ahora bien, ese gozo que nos parece un regalo breve de nuestra naturaleza es en realidad nuestro estado natural, y si no somos capaces de percibirlo así a cada instante es sólo por nuestro sentido de separación. Sólo el que ama por igual todas las cosas y personas vive en el Ser, donde gusto y disgusto saben a lo mismo, donde no son dos cuerpo y espíritu. Pero esto no serán más que palabras, nos recuerda Rafael con tesón, mientras no las hagamos carne de nuestra carne, porque lo que no es posible expresar con la boca sólo se presta a ser vivido en lo profundo.

El zen no es una disciplina apta para pusilánimes y asustadizos, pues no hay mayor acto de coraje que el de aceptar-

nos tal y como somos: “La liberación real alcanza su cenit cuando el ser humano llega a caer en la cuenta de la vacuidad que traspasa el universo exterior e interior. Eso es la iluminación. Esa realización es la que nos libera del sufrimiento”. Se trata, para hablar en términos más cercanos a nuestra tradición cultural, de la humildad suprema, aquella que sólo la gracia nos concede, puesto que si hubiera quien pudiese conquistarla, el humilde devendría el más soberbio de los mortales. Nadie puede comprender el Zen, porque el Zen, como el Tao, el Parabrahman, el Padre, Alá para los musulmanes, es uno más de los modos de referirse a aquello en lo que todo se halla comprendido. Toda la sabiduría práctica que necesita el ser humano para dejar de correr detrás de sus deseos y delante de sus temores cabe en una frase: por más que parezca lo contrario, no hay nada que ganar o que perder en el seno del sueño de la vida, pues de ninguna pérdida o ganancia, de ningún prestigio o desprecio de los que aquí se cosechan en saco roto quedará memoria en la Realidad, a la que la tan temida muerte nos franquea la entrada. Se nos ha enseñado a sufrir la muerte en vida como si fuera el peor mal, cuando es precisamente el final de todos ellos. Si nadie ha padecido jamás su propia muerte, como vio Epicuro, porque ya no estamos cuando ella reina, ¿quienes son los que murieron? Llegamos desnudos y así habremos de partir. Por eso, el que se ve con algo propio, ya sea la voluntad, el cuerpo, el mérito, ya tiene algo seguro que perder; pero, si mira mejor, quizá alcance a vislumbrar que lo perdió antes de llegar a exhibirlo. Entender esto aquí y ahora, sostenerle la mirada a nuestro cadáver, nos hará libres, y sólo en esa

libertad hay paz y amor enteros, aunque ya no haya quien los goce o pueda desbaratarlos.

Hemos de agradecer a partes iguales la dureza zen y el amor cristiano que hacen de este libro lo que es: un esfuerzo por abrir los corazones a su mejor sinceridad. El atento y el veraz siempre van juntos, y así, si se nos permitiera atender un instante, espantando miedos y apegos, a ese latido de nuestro silencio interior del que todo parte y en el que todo se abisma, no haría falta que buscáramos la Verdad, pues es ella la que nos encuentra en cuanto encontramos oídos con que escucharla. Mientras algo despreciemos o temamos, mientras busquemos algo, ya sea en la materia o en el espíritu, estando el Ser colmado desde el principio sin origen, la plenitud nos huirá. Todo este asunto nuestro es tan simple y tan jovial, de tan resuelto, que la mente, la solemne enredadora, no puede tolerar la solución, pues se siente morir donde no caben sus dicitos y agonías. En alguna parte hemos leído esta tentativa de expresar el espíritu del Zen, nuestro espíritu verdadero, y con ella queremos poner fin a estas palabras de gratitud: “El verdadero Zen es el de aquel sencillo cofrade que ha renunciado a todo lo que el zen pueda ofrecerle y, en su vacía plenitud, queda ya para siempre sonriendo”.

Introducción

Cuando uno se aproxima a los recintos sagrados del misterio, debe hacerlo descalzo y, a poder ser, de puntillas; sólo así estará en disposición de escuchar el silente fragor que brota de la tierra, de las alas del trigo que el viento bambolea. Como un acontecimiento que indefectiblemente sucede, como una íntima certeza devenida en tacto, tan cierta, tan reveladora. La poesía –vamos a llamarle así– llega, entonces, rebasando las fronteras de la sórdida vida organizada, mercantilizada, administrada y alienada. Todo místico alberga en sí un poeta. *El poeta* –creo haber oído algo así– *es un cultivador de grietas que fractura la realidad aparente para captar lo que está más allá del simulacro*. Y aunque, empujados por un enajenante hábito suicida, regresemos después al puerto de la resignación torpemente bautizado como *la realidad*, el perfume de lo Otro ya ha sembrado en nosotros su semilla e invade las barreras de acceso a los ecos del Espíritu.

La experiencia del Ser es una vocación inherente al ser humano, sólo por ser humano; y si son contados los que permiten su extinción después de haber saboreado su luminaria,

ello es debido a esa honda necesidad. Por lo demás, el evento del escenario interior se aviene muy mal a ser definido por humanas argumentaciones, ya que la conmoción anímica que tales situaciones provocan, conlleva una siempre gozosa dicha, aunque a veces en forma de agitada superación de los cauces emocionales reconocidos por las disecadas muecas de la costumbre.

Al artista interior que en nuestro fondo alienta le ha sido concedido el brotar, al menos fugazmente, el fulgor del abismo luminoso que le habita. Y ello le sorprende. Esa vibración invade su palabra, aunque sin que ella jamás consiga apresar el caudal de fondo de ese Fondo.

En este trabajo he intentado la imposible misión de poner en escena la imaginación simbólica y sugerir en su palabra el brote del aliento inefable de la vida. Que me vive porque sabe que:

al filo de cada verbo y cada instante, alienta un gran latido: la pasión de verdad –y bondad– que dan brío a la Vida, la que impele a tremular, a desvivir, a perseguir con ardor el sortilegio de una gran Noticia. En la pasión de volar, caer de bruces, sobre este espacio de papel-materia... ahí hace el Espíritu su experiencia como palabra nueva.

Mas llegar al umbral de la palabra nueva es arte peligroso, lector, no sólo por la dificultad que entraña *dar razón*, de “ESO” que el místico escarba allá en su más oculta vena, sino porque cuando ese místico piensa, es porque ha vaciado

su alma previamente. Abreva en el Silencio. Instalarse previamente en el Vacío y atravesar la celada de las palabras, es arriesgado, da miedo; mucho miedo: vivir en el Espíritu es conceder cuerpo a lo que se nos expresa en los adentros, una suerte de escritura al rojo vivo, más bien en carne viva.

Un místico es un ladrón de vacíos, un extraño híbrido pescador-cuatrero, que, apoyado en el brocal de la Nada, lanza su lazo al pozo del misterio albergado en el fondo de la Palabra Primigenia. Y lo hace hasta con el riesgo de hundirse, para emerger renovado y hacerse cumbre. El poeta verdadero es el noble pastor del Ser, el guardián de la Noticia. Y este libro quisiera ser un despertador, un noticiero de la buena nueva que albergas, lector, allá en la hondura de tu pecho, eso pretende.

Pero, el poeta verdadero provoca, no se vende ni vende a ajenos ruidos su des-palabrada poesía. Persigue y comunica la verdad acotada a los pragmáticos; de ahí que jamás plante su tienda de campaña en campos banales, pues es denso su vacío, que es plenitud, no insustancialidad, por docta que se muestre en el Mercado. Además, por catar el fondo, el místico sabe habitar el ventisquero de la periferia; busca sólo la autenticidad, ya que el fuego de su palabra se ha forjado en el yunque de la soledad. Y él lo sabe.

Fuente oscura y siempre clara, ¿dónde se hallará el gran cazador de instantes, el de directa visión e idea muda, que no sea en las afueras de su personaje? Quizá a un milímetro de ti y de mi, lector amigo, o quizá menos, o quizá nada... Quién sabe: es cuestión de meditar –más bien de pre-medi-

tar— en la atmósfera virgen que brinca de instante en instante.

Por todo eso, el que esto firma se ve obligado a utilizar el poema como la herramienta expresiva más cercana a la nopalabra ya que en el más hondo capilar del ser humano el Gran Poema declara nuestra verdadera identidad, que pugna por decirse y expresarse. Y este libro, lector, te invita a explorarla y a explorarte, a vaciar tu interior del carcelero sutil del Pensamiento Único, que siempre deseó hacer de tu paraíso una cloaca. Reconócete: Tu Fondo es subversivo, un objeto de deseo, no un objeto de consumo. Transfórmate en el ser que eres.

Este trabajo es una aventura imposible de narrar, no se presenta a los ojos del lector en una estructurada unidad ni en sus formas ni en sus tonos; no podría hacerlo de otro modo, todo es uno: habla de la experiencia del Ser. Entra, pues, lector, en él y en sus poemas como entras en un camino lleno de curvas, ascensos y descensos y aquíétate donde él se aquieta. Detente en sus vericuetos, para en las encrucijadas, reanuda tu andar de tema en tema, o de poema en poema, porque en ellos tú resueñas *golpe a golpe, verso a verso...* Y te darás cuenta de que tan sólo existe un Poema del que emergen otros, como cada verso da paso al siguiente, como hay un solo camino del que parten los demás y como existe sólo una luz de la que prenden todas las antorchas. Todas las páginas, lector, todas, quieren iluminarse mutuamente. Una se contiene en otra, como pasos que definen la continuidad de la ruta y todo es cuestión de dejarse andar por ellas, porque incluso la acción impulsora de nuestros pasos nos ha sido dada, no nos pertenece.

Dejarse andar equivale a ganar en cada página el sentir total de todo verbo, de toda palabra, de los ritmos mudos de cada estrofa. Y de todo el libro, aunque por otra parte, lector, y no te desanimes, todo esto da casi igual, porque el Ser se encargará de fugarse de las frases, de las letras, de las páginas, y te espera donde menos piensas, juega al escondite y sopla donde quiere, porque es salvaje. Sí, produce como risa, porque de nada nos sirve emprender el Camino si por otro lado no nos desprendemos de las telarañas de los hábitos de un marmóreo ego sin fisuras, adaptado a los abismos de las tercas categorías convencionales; foso donde incluso caen los santos oficiales, incluidos tantos ortodoxos seguidores del Zen.

Este libro, en la mayoría de sus partes, está escrito después de una “sentada” en Zazen, por ello, lector, no te sorprenda si ocasionalmente sus contracorrientes y contralenguajes pisoteen las fórmulas lógicas más ahincadas en nuestro razonar occidental. El Zen es el territorio sin costuras que habita otro territorio situado más allá de los contrarios y nada tiene que ver con los escuálidos cánones de los pactos entre caballeros, ni con las momificadas formas bienpensantes. En cada una de sus páginas te encontrarás –o quisiera que te encontraras– con contragolpes afirmativos y caricias negadoras, las que desnudan y desprotegen, las que violan y rajan de abajo arriba los telares de la llamada buena conciencia. Pero, sobre todo, los que nacen de la impensable ternura que brota de la Unidad vital hecha experiencia cercana; esa que Jesús de Nazareth, al igual que la sabia Maestra coreana Daheaeng, un día llamó *abba*, Padre.

Cada página, detrás de su arrullo y su sosiego, es una airada y pacífica denuncia a quienes, con nuestra fiel colaboración, falsifican la humanidad. Denuncia que precisa ser gritada, contra las simplificaciones acomodaticias del suicidio colectivo que nos ha arrojado tan lejos de nosotros. También quiere ser una invitación a mirar hacia otra orilla, a mantener allí la vista firme. Con toda el alma. Con todo el cuerpo. Con toda la Conciencia. Con todo el Corazón, hasta desgastarse en la propia mirada y hacerse transparente.